

EL MOTÍN

Año XLII

Madrid, Sábado 22 de Julio de 1922.

Número 29.

EL MOTÍN

PERIODICO SEMANAL

SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

ALBERTO AGUILERA, 52. MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho a recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

De jueves á jueves

Ya se dijo á raíz de la sesión del viernes en el Senado, que viendo espectáculo semejante se comprendía perfectamente el desastre de Annual. Puede añadirse que lo que no se comprende, es que tardara tanto tiempo. Del barranco del Lobo á Annual han pasado doce años. Lapso enorme para lo que legítimamente se podía esperar.

Enviámos allá á Berenguer hace poco en calidad de hombre sesudo y prudente, examinador minucioso de todos los aspectos de la acción marroquí. Tan ciertos estábamos que Berenguer era el más juicioso de los generales, que, ante el desastre de la Comandancia de Melilla, buscamos la explicación (la disculpa al menos) en actitudes insubordinadas de otros. En el general Berenguer no cabía la imprevisión. Era también natural que nos resistiésemos á reconocer los descuidos de un previsor de tanto precio como el Alto Comisario.

Pero de entre la montaña de documentos que el general Berenguer leyó en el Senado, salen dos afirmaciones principales. Una es, que él tenía en Silvestre la mayor confianza, y aun lo juzgaba caudillo excesivamente apocado y pesimista; hasta el punto de que en los días que precedieron á la catástrofe, cuando recibía de él aviso de estarse poniendo mal el asunto, pensaba para su pelizza el Alto Comisario: «¡Ya será algo menos!»

Y fué Annual.

La otra afirmación del general Berenguer, es que el Consejo Supremo

de Guerra y Marina no tiene autoridad para juzgarle. ¿Quién entonces?

Reconocerá el general, al menos en teoría, que puede haber Altos Comisarios incurso en responsabilidad. Algún tribunal habrá de tener jurisdicción, ya que ni el Gobierno ni el Parlamento pueden imponer sanciones jurídicas.

Al hacer tan rotunda afirmación, el general se ha dejado llevar explícitamente de la fuerza de nuestras costumbres. Reconozca conmigo que, en teoría, algún tribunal ha de tener jurisdicción sobre los Altos Comisarios; que yo, á cambio, reconoceré con él que nuestras costumbres son que no les pase nada por desdichadamente que manejen lo que pusimos en sus manos.

El mismo Presidente del Consejo de ministros ha expresado su seguridad de que el general Berenguer «saldrá limpio del expediente Picasso».

El Sr. Sánchez Guerra conoce bien el país que gobierna. Decir eso es juzgar el resultado de un expediente, y, no obstante, nadie se ha escandalizado. ¿Qué hubiera sucedido si se atreva á decir que con seguridad el general Berenguer saldría sucio? Todo el mundo se hubiera levantado contra tamaña intromisión. Sin embarco, en uno y en otro caso se trataría de lo mismo: de un ministro aturdido que se mete donde no le llaman.

El propio general Berenguer ha dicho que quieren fusilarlo, estando convencido de que no.

Lo ha dicho para darse importancia, ó para dársela al Consejo Supremo de Guerra y Marina.

De como hilamos aquí en cuestión de responsabilidades, acaba de darse otro caso típico.

El nuevo Alto Comisario, general Burguete, había escrito últimamente acerca del problema marroquí bajo el pseudónimo de *Un Soldado*. No podía firmar con su nombre, porque se había prohibido rigurosamente á los generales (decláse en la prohibición, que por prestigio del Ejército) dar su opinión sobre el tema.

Pues bien: hacerle Alto Comisario y revelar que él era *Un Soldado*, añadiendo que ya no tenía por qué guardar el secreto, ha sido cuestión de minutos.

Como razonablemente esa confesión en hombre tan culto como el general Burguete no puede atribuirse á creencia de que los delitos ó las fal-

tas prescriben cuando asciende quien los cometió, habrá que achacarla á la fe instintiva que tiene todo español en que, llegando á los altos puestos, eso de la ley es música celestial.

En el Ayuntamiento, del expediente Picasso enviado al Parlamento, ¿saben ustedes como se llama á lo ocurrido en Melilla el año anterior? Se le llama *evacuación rápida*.

¿Qué instinto el del vulgo! Es notable que de entonces acá hayan coincidido en hablar de *evacuaciones rápidas* todos los profanos que han tratado la materia.

Al ministro de la Guerra le han admitido su *dimisión virtual* por falta de adaptación parlamentaria.

Alfredo Calderón decía que quizás alguna vez llegara á comprenderse que es tan absurdo entregar el Gobierno á los hombres que hablan bien, como lo sería entregarlo á los hombres que tocan bien el violín.

Aguarde ese día el general Olaguer. Y si es preciso, aguarde también el día en que la Humanidad se haya desengañado asimismo de los ministros con iniciativas y soluciones para las cosas.

El porvenir ministerial del Sr. Olaguer es una cuestión de tiempo.

El Presidente del Consejo se ha quedado con la cartera de Guerra «porque en Africa se va á hacer una política nueva».

Realmente para una política nueva, nadie mejor que el señor del acta de Cabra y el inventor de las tinajas y los colchones para aplastar al Comité de huelga en 1917.

Todos culpables

Castrovido dice en un artículo publicado en *El Pueblo* de Valencia, que los clericales de Málaga trabajan para quitar del sitio donde está el monumento elevado á Torrijos y sus 52 compañeros, fusilados el 11 de Diciembre de 1831 por el infame y traidor general González Moreno, digno servidor del perjuro Fernando VII.

Y despues de relatar la historia de aquél asesinato, añade Castrovido:

«El Ayuntamiento de Málaga de 1831 cometió la vileza de felicitar al Moreno y Fernando VII le hizo capitán general.

¿Por qué recuerdo lo que ningún hombre honrado debe olvidar ni perdonar?

Porque aquella canallada se va á completar quitando el mausoleo de los 53 del sitio público que ocupa, trasladándolo, como los muelles de la última estancia de Menéndez Pelayo, y colocando en el lugar que ocupa el monumento una imagen de la Virgen de la Merced.

Se alega el pretexto de que en la plaza, en cuyo centro está ese mausoleo monumental, había una iglesia consagrada á la Virgen de la Merced. Que le hagan otro templo por suscripción, pero que se abstengan de colocar en sitio público una imagen de la Virgen con el siniestro designio de ocultar los restos de los fusilados, de apartarlos de la vista del público. Solapada, hipócritamente, se trata de colocar una imagen de la Virgen donde la catedral clerical de Milaga quiere elevar una estatua al verdugo de aquella ciudad. Ese es el verdadero propósito. Fíate de la Virgen, pueblo de Milaga.

El intento es ya un insulto; la profanación sería la mayor de las deshonras. Si ese Ayuntamiento accede al traslado, será tan vil como el Ayuntamiento que en 1831 felicitó al general González Moreno por lo bien que realizó su criminal canallada.

No hay valor para quemar las cenizas de los fusilados; hay la suficiente doblez para colocar una Virgen, lo cual es la más enorme de las blasfemias.

¡Alerta, malagueños! ¡No deshonréis vuestra ciudad! ¡No toleréis tamaño agravio!

No á los malagueños solamente, á todos los que blasonamos de liberales en España alcanzaría la deshonra, si esa profanación se llevara á cabo.

Pues todos, quién más, quién menos, tenemos la culpa, por nuestra torpeza, nuestros egosmos, nuestra apatía ó nuestra cobardía, que los clericales crean ya que pueden escupir impunemente sobre la gloriosa memoria de los mártires de la Libertad.

La ley del progreso

¡Pero qué infelices eran los diputados de las Cortes de Cádiz, y que idea tan equivocada tenían acerca de la significación del título de padre de la patria! Entre las muchas pruebas de esto que digo, ahí va el microscópico discurso y la proposición inocente que leyó en las Cortes el diputado Capmani:

«En vano sacrificaríamos nuestro reposo, nuestra salud y nuestra propia vida, si fuera menester, en servicio de la patria; así á estas obligaciones que nos ha impuesto nuestro sagrado cargo no acompañásemos un acto generoso y voluntario de desinterés que selle el título de padres de la patria cuando lo merezcamos. Quiero decir con esto que al pueblo español, que nos ha constituido sus defensores, tratemos desde ahora de darle un eterno testimonio, no sólo de nuestra rectitud y justicia, sino también de nuestra moderación. Debemos renunciar á toda fortuna personal, cerrando la puerta á toda esperanza; cerrándola antes á nuestros deseos. La confianza que la nación tiene en nosotros se acreditará con el voto público y solemne de huir, hasta la tentación de acordarnos de nuestras propias personas, para no despreciar á la virtud del nombre de austeridad, que debe ser en nosotros su divisa. Cuando la malaventura nos redujera á pobreza, el Estado nos dará pan, como lo reciben los padres ancianos de los buenos hijos. ¡Y qué pan tan sabroso! el que comemos de la caridad nacional!»

Propongo, pues, á este augusto Congreso mi opinión, reducida á esta forma de decreto:

«Que ningún diputado en Cortes, así de los que al presente componen este Cuerpo como de los que en adelante hayan de completarlo su total número, pueda solicitar, ni admitir para sí ni para otra persona, empleo, pensión, gracia, merced ni condecoración alguna de la potestad ejecutiva intrínsecamente habilitada, ni de otro Gobierno que en adelante se constituya, bajo de cualquiera denominación que sea, y si desde el día de nuestra instalación se hubiese recibido algún empleo ó gracia, sea declarada nula. Pido, en fin, que este decreto se comunique al Consejo de Regencia para su conocimiento, e impreso se circule á todas las provincias de la Monarquía española para su gozo, y al mundo entero para su admiración.»

Los que niegan sistemáticamente la ley del progreso, tendrán que morirse en adelante la lengua antes que repetir esa blasfemia.

En un siglo ha variado completamente la idea absurda de que los diputados no pueden solicitar ni admitir para sí ni para otra persona, empleo, pensión, gracia etc., etc.

¡Cómo se reirán de aquellos bobalicones los diputados de ahora, que solicitan el cargo para sacrificarse en provecho propio y de sus parientes y paniaguados, y que en estos momentos aspiran, estando también en guerra como entonces, á que se les amplíen á mil pesetas las quinientas que mensualmente perciben, y hasta que se les dé cincuenta de propina por cada sesión á que asistan!

La farsa de la caridad

Tengo á la vista una Hoja en que se detalla lo recaudado el último Jueves Santo en veintitrés iglesias de Madrid por la Junta de Damas de Honor y Mérito, en la cuestación abierta á favor de la Inclusa y Colegio de la Paz. Presidieron las mesas de petitorio doce duquesas, veintiocho marquesas, veinticinco condesas y una baronesa. Dieron limosna de 50 pesetas: una duquesa, dos marquesas, una condesa y dos marqueses.

De 25 pesetas: tres duquesas, cinco marquesas y un duque.

De diez pesetas: una duquesa, tres marquesas, cinco condesas, una baronesa y un marqués.

De cinco pesetas: una duquesa, seis marquesas, siete condesas y un conde.

Intervinieron en el acto caritativo 108 aristócratas del sexo femenino y seis del masculino, amén de señoras y señoritas de apellidos renombrados en

la política, en la administración y en los círculos financieros.

Y á pesar de esto, sólo se recaudaron 9.504 pesetas 95 céntimos.

Seguramente si en vez de Damas de Honor y Mérito se ponen en las mesas de petitoria carniceras ó vendedoras del Rastro, se recauda una cantidad mayor.

¡Duquesas, marquesas, condesas y baronesas, y duques y marqueses á veinticinco pesetas, y á diez, y á cinco? Los aristócratas despojados de sus bienes en Rusia no habrían dado menos.

Para disculpar lo que algunos llamarán tacañería, sólo encuentro una razón: la de que se trataba de niños de la Inclusa, de plebeya procedencia generalmente, aunque entre ellos pudiera quizás haber algunos que por parte de padre llevase en sus venas sangre azul.

Habiérase tratado de regalar un anillo á un obispo, un manto á una Virgen ó un cáliz á una iglesia, y la cuestación se cierra aquella tarde con cincuenta ó sesenta mil duros.

¡Qué triste realidad!

La Monarquía, la Privanza y el Ingenio

Con unas narraciones históricas ha compuesto Diego San José un libro que se titula como se dice á la cabeza de estas líneas.

No son tales narraciones labor de un erudito orgulloso de haber descubierto cuatro anécdotas que á lo mejor nada aclaran lo que sabemos de un hombre ó de un tiempo. Son algo de mayor solidez y también de más agudo sentido histórico.

Toma Diego San José grandes rasgos de monarcas, válidos é ingenios, y los refiere á través de su similitud, espurgados de lo artificioso, con un valor humano alcanzado rara vez por quienes tomaron sobre sí análogo empeño. Y todo ello sin más que la relación escueta, á fuerza de manejar sabiamente ese modo sencillo en que la emoción y la verdad han guardado sus secretos para que no puedan descubrirse los literatos pomposos y sensacionalistas muy al uso.

Diego San José, por su temperamento y por la índole de su preparación, había necesariamente de acertar en un propósito como el que encierra *La Monarquía, la Privanza y el Ingenio*. Pocos interpretan como él, y nadie mejor, las gallardías y las miserias de la enrevesada condición española. Esto da al libro un alto valor histórico; que, en definitiva, interpretando ha de hacerse la historia, la legítima historia, y no quemándose las pestañas para averiguar de que oreja tiró Napoleón al canónigo Escociquiz.

Pocas líneas son estas, y menguado el elogio, para lo que el libro merece; pero aguardo que Diego San José, dándome á leer otra nueva obra en que no me ofrezca un capítulo ni me cite con la desmesurada alabanza que en ésta, deje mi pluma en libertad para decir entera mi opinión. Permítaseme, sin embargo (ya que siendo el hecho tan notorio nadie tendrá por interesado lo que digo) no acabar estos renglones sin mostrar mi admiración ante la

limpia y castiza prosa en que está escrito *La Monarquía, la Privanza y el Ingenio*, P como todos los trabajos de San José.

La Editorial América ha editado la obra en un elegante tomo que se vende á cuatro pesetas.

La vida tal cual es

HAZ BIEN Y...

—Pero, ¿todos esos papeles tengo que sacar?...

—Pues es natural. ¿Pues qué se había usted creído? Las cosas se han de hacer con orden y regla. Si no fuera así nos convertiríamos en tapaderas de una porción de perdidas. Si que tendría gracia, unas á la tajada y otras á roer el hueso. Molestias y dinero encima, no, hija, no; buenas, sí, pero no tantas.

—Pero esto costará mucho dinero. Si yo matándome á trabajar apenas puedo comer... Hasta para meter un hijo en un asilo se necesita ser rico.

—No diga usted tonterías: rico, no; se necesitan solamente veinte duros.

—¡Virgen Santísima! Pero si eso es una fortuna.

—No lo crea usted; son cien pesetas. En fin, yo hablaré con Sor Ruperita, que es la que mangonea estas cosas. Quizás sepa de alguna señora que le ayude á usted algo. Y dígame usted, ¿usted era casada?

—Sí, señora, casada, como Dios manda.

—¿Tendrá usted la fe de matrimonio?

—Ya lo creo, y la de viuda, y las fes de bautismo de mis tres hijos. Créame la señora; he sido siempre una mujer honrada.

—No lo dudo, pero nunca la he visto por la conferencia. De seguro que no ponía usted nunca los pies en una iglesia.

—¡Ah, señorita!... Con un marido impedido en la cama y tres fieras que se la comían á una por los pies, y teniendo yo que ganar para todos, ¿iba á perder el tiempo rodando por las iglesias?...

—Cuidado: el rogar á Dios no es perder el tiempo.

—¡Pues no le he rogado yo poco! Cuando llegaba por la noche á mi casa rendida, ajetreada, habiéndome quitado el pan de la boca para llevárselo á mis hijos, y me encontraba con aquel cuadro del marido en cama, y los niños heladitos y hambrientos, le pedía al Señor con toda mi alma apoyo, protección, fuerzas y un rayo de luz. Créame usted que en aquellas oraciones ponía mi alma y todo mi corazón.

—Sí, pero no confesaba usted, ni comulgaba, ni oía misa. Pedía usted á Dios, y era una mala cristiana: Dios no podía, no debía escucharla.

—¿Y qué mal hacía yo? ¿Usted cree que la que está molida á trabajar, y apenas puede mal comer, y ve á tres

edazos de sus entrañas que carecen de todo, está para pensar en pecado y en malas acciones? No, yo no era mala; era, á pesar de todo, una buena cristiana, pues soportaba mis males con resignación y elevaba mis ojos al cielo, segura de que Dios oiría mis súplicas. No, yo no he sido mala.

—Bueno, mujer, no se ponga así. Pero no somos cristianos solo para trabajar como barros de reata, olvidando cumplir lo que manda la Iglesia. Digan lo que quieran, hay que mirar á quién se hace el bien, pues no es justo beneficiar á los malos.

—Pero eso no lo manda Dios.

—Sí que lo manda porque El también castiga á los malos.

—¡Válgame Dios y que desgracia es ser pobre!

FRAY GERUNDIO

UN TENORIO

En cierto villorrio del ancha Castilla, paseando una noche de invierno muy fría, haléme á un mancebo pegado á la esquina de casa de Clara, que es joven muy tímida, y muy rezadora y muy rebonita. Mientras yo miraba si le conocía, abríse un postigo se asomó Clarita, hizole una seña, se acercó en seguida, mas notando entonces que yo le seguía, empuja la puerta, entra con gran prisa, tropieza con Clara, se arrollan, se pisan, y salta un objeto de mi pie á la orilla. Ciérrase el postigo, mi cuerpo se inclina, y cojo del suelo, ¡Dios santo! Una hebilla...

Pero una de aquellas que llevan prendidas en bota ó zapato los que dicen misa.

ENRIQUE CANIZO

Ejemplo que imitar

A la procesión del Corpus que se celebra con gran solemnidad todos los años en Valderrobles, asiste el vecindario en pleno de los pueblos limítrofes, Campo de Ebro, Quintanilla, La puente, Sobrepinilla, Mastecillo, Sobrepeña y Rebollar.

Este año estuvo á punto de no celebrarse la procesión, porque los curas de esos pueblos se declararon en huelga,

haciendo saber á los mozos, por conducto de los alcaldes respectivos, que si no les abonaban dietas y además les costeaban la merienda para ellos y sus amas, se negarían á revestirse para el acto religioso.

Los mozos protestaron al enterarse, y algunos se ofrecieron á actuar de squirloles, amenazando á los huelguistas negros con casarse civilmente si no deponían su actitud.

Esto hizo entrar en razón á los más intránsigentes, pues pensaron que tras del matrimonio civil vendría la inscripción de la prole en el registro, y el enterramiento de los muertos en el cementerio laico, y temblaron ante la perspectiva triste de la despensa vacía; y to lo se arregló al fin, renunciando á la merienda con tal que les dieran algo para llenar sus sagradas cuantos desarrolladas panzotas.

Si en todos los atropellos y exigencias abusivas de los curas se siguiera el ejemplo de esos mozos, no serían tan intránsigentes los clérigos.

¡Ah!, ahí debe apuntarse siempre: al bolsillo. Es su única parte sensible.

EL SUICIDIO

Arrimando el ascua á su sardina imputan muchos el actual incremento del suicidio á la decadencia de las ideas y sentimientos religiosos. Y hay en este juicio no poco de cierto. Lo irrefutable del mal en la concepción materialista moderna puede conducir fácilmente á la desesperación. El terror del infierno ha podido mantener á muchos en la servidumbre de la vida, disuadiéndoles de la muerte. La reducción á los límites de la vida presente del cálculo utilitario de placer y dolor, á que viene reducida hasta ahora la moralidad de los más, puede conducir á algunos á acabar con el suicidio el saldo de tan mal negocio.

Mas si de estas consideraciones se pretendiese deducir la superioridad de la concepción mística de la vida sobre la concepción moderna, entonces ciertamente no resultaría el argumento. Si el misticismo condenó el suicidio no es porque estimara la vida terrenal.

En la concepción mística se truecan los terminos naturales del juicio: el mal es bien y el bien es mal; el dolor es apetecible, el placer execrable. Hay que vivir para sufrir. De aquí la resignación, no la activa, que ordena luchar hasta el fin por ser la lucha ley de la vida, sino la pasiva, que se refugia en la contemplación y en el claustro. De aquí una clase entera numerosísima de muertos vivos, verdaderos suicidas del espíritu. De aquí la mutilación moral de las pasiones y los afectos, s'msuicidio que es la perfección, y que Orígenes llevó, según es fama, hasta la mutilación material. El claustro, la contemplación, la penitencia, son buenos sucedáneos del suicidio. El asceta es santo, si por matar sus pasiones, mata su cuerpo con ellas. De donde se infiere que lo que el misticismo prohíbe es sólo el suicidio por motivos terrenales. Compárese ahora el número de suicidios actuales con el de los antiguos penitentes, monjes y sacetas, y se formará idea justa acerca de la pre-

tendida superioridad que se atribuye en este respecto al pasado ideal sobre el presente.

Si prescindiendo de varias apariencias fuéramos a penetrar en el fondo de las cosas, acaso encontraríamos que cada edad ha considerado al suicidio como lícito y aun meritorio, siempre que la inmolación voluntaria de la vida tuviera por móvil el que es estimado como fin supremo de cada tiempo. Los más austeros de entre todos los moralistas, los estoicos, honraban al suicidio, lejos de estigmatizarlo. Ese acto, hoy tan condensado, corona en la antigüedad la vida de un Catón. Los místicos indies se arrojaban para morir bajo el carro de Faggrnaut. Los mártires cristianos buscaban con fruición la muerte entre espartosos suplicios. En nuestros días se ha hablado de la resolución de algunos anarquistas, dispuestos a morir voluntariamente á trueque de que sus correligionarios recogieran, para aplicarlos al triunfo de la causa, el importe de sus pólizas de seguros.

¿Qué son muchos de estos actos, propiamente héroes ó de fanáticos según la opinión de que los juzgue, sino verdaderos suicidios? Difícil sería muchas veces la distinción. Entre estas muertes voluntarias y el suicidio pasional y aun alerzando, la diferencia es sutilísima. Arriay Puente se arranca la vida por no sufrir la opresión; Werther se mata por no ver á Carlota en brazos de su marido. Los mártires de la fe buscaron en la higuera ó en el circo el camino del cielo; el materialista moderno busca en el fondo del sepulcro la nada y el olvido. ¿Tan fácil es trazar entre unos y otros la línea divisoria?

ALFREDO CALDERON

Perdón y caridad

Una de las cosas más curiosas del catolicismo es la importancia que le atribuye y da al arrepentimiento. El hijo pródigo obtiene con éste, agasajos que su primogénito no puede obtener con su recta conducta. La nobleza de un hombre parece que queda más aquilatada cuando ha dado pruebas de arrepentirse, que cuando ha sabido mantenerse en el esfuerzo que representa seguir, sin abandonarla, la senda del bien. El catolicismo quiere menos á los buenos que á los que se arrepienten de haber sido malos, sin duda porque se puede ser bueno por propia naturaleza y ello no tiene ningún mérito. Pero, sobre todo, el arrepentimiento es caro al catolicismo, porque da motivo al perdón, es decir, porque no sólo salva al arrepentido, sino también á los que le perdonan. Es algo así como la miseria, que el catolicismo necesita para que se manifieste la caridad.

Sin miseria y sin arrepentimiento no habría catolicismo posible, porque no habría ni caridad ni perdón, que son las dos ofensas mayores que un hombre puede inferir á su prójimo.

Sin caridad ni perdón, el catolicismo quedaría reducido á las honestas

proporciones de un feticchismo polinesiano.

El Diluvio.

CONFITEOR

—Padre, ¿puede cortesarme?
—¿Eres tú, hermosa?—Sí, Amparo.
—¿Cómo tan de mañana?
—Padre Antón, un desengaño hace que acuda á la iglesia á buscar para mí llanto en la santa religión el consuelo deseado.
—Muy bien, hijita, muy bien...
—¡Ay, padre, si sufro tanto!
—¿Tú sufres, hermosa mía?
—¡Malo, malo, malo, malol...
—¿Qué te sucede? Confiesa sin remilgos ni reparos y yo prestaré esperanzas á tu corazón en tanto.
Dios te presenta el camino que deben seguir tus pasos.
—Yo tengo novio. —¡Mechachis! Me lo había figurado.
—Y es moreno, padre mío...
—¡Si viera usted qué simpático! —¡Por Dios niña, que nos oyes! Más bajo, hijita, más bajo.
—Me habla con arrogamiento; está loco, enamorado; me dice cosas... ¡qué cosas!, que suenan igual que cantos y hace que eleve mi alma más allá de los espacios...
—Pero ¡por Dios, Amparito! ¿Qué lenguaje! ¿Qué sarcasmo! No sigas por tal terreno.
—¡Ay, padre! ¡Le quiero tanto!...
—¡Si viese cuando me mira como usted me está mirando!...
—Baja un poquito la voz.
—Es que sin querer me exalto.
—Lo mismo que yo, hija mía... (Digo, no, me he equivocado...)
—Usted verá; la otra tarde salí de casa á las cuatro con un pretexto cualquiera... En fin, bien, se me ha olvidado.
—Deja la paja, chiquilla, y vamos derecho al grano.
—Nos vimos. —Cosa corriente.
¿Y después?—Nos internamos bella, hala...—Buen, entendido.
¿Qué pasó?—Me da reparo, porque una es así, tan joven, que á lo mejor causa espanto pronunciar ciertas palabras que brotan de nuestros labios.
—Yo te ayudaré. Adelante.
¿Hubo... besos?—Y hasta abrazos.
—¿Y...—¡ay, padre, qué tarde aquella!
—¡Por San Dimas, habla bajol...
—¿Comprendo mi situación?
—La comprendo y me hago cargo.
—Pues entonces, con franqueza, usté allá, puesto en mi caso, ¿no hubiese hecho igual que yo?
—¡No, hija mía; lo contrario...!

J. ENRIQUE DOTRES

De buena gana daría cuenta en EL MOTIN de todos los actos civiles que se realizan en España, pero la falta de espacio me lo veda.

Pero hoy hago una excepción, por tratarse de un entierro de esta clase en un pueblo de 150 vecinos de la provincia de Soria: Utrilla.

Murió el 25 de Junio una hermana del

suscriptor de EL MOTIN en Madrid, Demófilo Ayú, casada civilmente, dejando cuatro hijos sin bautizar, y media hora antes de salir el féretro de la casa la habían invadido los vecinos y más de cuarenta personas de los pueblos cercanos; Agnativa, Jobera, Santa María de Huerta y Arcos de Jalón; ascendiendo los acompañantes á más de cuatrocientos y yendo todos hasta el cementerio.

Estos ejemplos de firme y honrada convicción que se dan á lo mejor en localidades pequeñas, me hacen despreciar más y más á los faranduleros que en las grandes poblaciones se ríscan al morir en todo aquello de que alardean en vida.

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR Á EL MOTIN

Abelardo Solsona, Valencia, 4 pesetas.
Modesto Serrano, Mas de las Matas, 4; Pedro Carballo, Valencia de Alcántara, 5; Juan Lasheras, Almadén, 2.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Elda. —Pascual B.ñón. Abonada su suscripción á fin Diciembre 1922.
Barcelona. —A. Escudero. Id. á fin Septiembre 1922.
Mas de las Matas. —Modesto Serrano. Id. á fin Mayo 1923.
Almadén. —Juan Lasheras. Id. á fin Enero 1923.
Purcheña. —Joaquín Ruiz. Id. á fin Enero 1923.
Fuente de Cantos. —Juan Núñez. Id. á fin Julio 1923.
Arcos de la Frontera. —L. Durán. Id. á fin Diciembre 1922.
Alcázar de San Juan. —R. Mazuecos. Id. á fin Diciembre 1922.
Faura. —Eugenio Pérez. Id. á fin Diciembre 1922.
Villanueva y Geltrú. —La Regeneradora. Id. á fin Diciembre 1922.
Pina de Ebro. —Ramón Navarro. Id. á fin Agosto 1923.
Masalcoreig. —José Blarich. Recibido su giro de 15.60 Conforme.
Tarragona. —Salvador Reverter. Id. de 89.25. Conforme.
Lora del Río. —Tomás Castaño. Id. de 12. Conforme.
Ronda. —Sra. Viuda de Lara. Id. de 2.10. Conforme.
Trempe. —Luis Bernadas. Id. de 11.50. Conforme.
Toledo. —Ricardo Villalbs. Id. de 5. Va litro.
Salamanca. —G. Garabís. Id. de 12. Conforme.
Vitigudino. Maximiano Sánchez Idem de 20. Conforme.
Madrid. —D. mófilo Ayú. Id. de 6.60. Conforme.
Las Palmas. —Vicente Padrón. Id. de 27.50. Conforme; va carta.
Idem. —Francisco Martín. Id. de 100 á su cuenta.
Zamora. —Julio Ayuso. Id. de 18. Conforme.

Trozos de mi vida

FOR

JOSE NAKENS
DOS PESETAS TOMO

Imp. Juan Pérez. —Pasaje de Valdecilla, 2. —Madrid.